

CARLOS BLANCO AGUINAGA (1926-2013)

Carlos Blanco nació en Irún; durante la guerra civil vivió en Hendaya, donde su padre actuó como vicecónsul de la República, y en 1939 con su familia se embarcó para México. Estudió en el colegio Vives, del DF, regentado por profesores afines a la Institución Libre de Enseñanza, luego en Harvard con Amado Alonso, trabajó en El Colegio de México, se doctoró bajo la dirección de Raimundo Lida, colaboró en la *Nueva Revista de Filología Hispánica* y en la *Revista Mexicana de Literatura*; fue profesor en los Estados Unidos (Columbus, Riverside, Johns Hopkins), también en la Universidad Vasca (1980-1985), y se jubiló en la de California, San Diego. En La Jolla falleció el pasado mes de septiembre. Su viuda, Iris Arévalo, le siguió en México dos meses después.

La bibliografía de Blanco Aguinaga comprende tres libros de crítica propiamente dichos, cinco ediciones, su colaboración en la *Historia social de la Literatura española*, y unos setenta y cinco artículos, varios reimpressos en cinco volúmenes. En suma, una producción nada abrumadora que se extiende a lo largo de 60 años. En los últimos 30 hay que incluir también su labor creativa: siete libros de narración, dos de autobiografía y una *plaque* poética.

Constante en Blanco Aguinaga es su interés por Unamuno. Además de un artículo temprano (1953), le dedicó su tesis doctoral, publicada al año siguiente como *Unamuno, teórico del lenguaje*, título algo engañoso porque parece remitir a algo relacionado con la Lingüística. En realidad, el libro es una entusiasta introducción a la obra de Unamuno, que considera dividida en dos partes, una europeísta y otra africanista, por decirlo con brevedad. En ambas están presentes sus obsesiones, aunque en la primera domina lo particular histórico, mientras que en la segunda, posterior a la pérdida de fe religiosa y europeísta, lo personal universal se hace más visible. Al principio, el escritor cree que España debe modernizarse, y para ello es esencial cambiar el lenguaje. Es la época de *En torno al casticismo* (1895), cuyo postulado fundamental podría cifrarse en esta frase: «No caben, en punto a lenguaje, vinos nuevos en viejos odres». Unamuno hasta entonces era partidario de abrirse a

Europa y chapuzarse en el pueblo. A partir de ahí, su individualismo se impone, comienza a desconfiar de la ciencia, de la razón, incluso del estilo, mientras que defiende la sinceridad, la pasión y la búsqueda de lo inefable. En términos de Blanco, su teoría del lenguaje se hace una poética. Los hombres, para Unamuno, se dividen en espirituales, intelectuales y naturales, y de ellos la segunda clase es la menos apreciada. «Lo real, lo realmente real, es irracional» —dice, invirtiendo la sentencia de Hegel. Comienza así la lucha entre el corazón y la cabeza, de la que es testimonio *La vida de don Quijote y Sancho*. El verdadero filósofo es el poeta, «a quien rezuma el alma». La palabra para ser sagrada debe pasar por el ritmo, y es más perfecta («menos material») que la escritura, de ahí el ideal de escribir textos que hablen como hombres. En esa línea, el predominio del Unamuno ético sobre el estético le llevará a negar incluso el arte mismo.

La tesis de Blanco es, como hemos dicho, entusiasta y poco crítica. Todo lo contrario del ensayo «Unamuno, sombra fingida», de Sender, publicado también en México un año después y que Blanco no menciona en su siguiente libro: *El Unamuno contemplativo* (El Colegio de México, 1959). Este es sin duda uno de los trabajos más hondos hechos sobre la obra de Unamuno editada por entonces, y la aparecida póstumamente confirma su validez. La imagen dominante del escritor, que en la segunda mitad del siglo XX fue la del agonista derivada de sus ensayos más polémicos (*La agonía del Cristianismo*, *Del sentimiento trágico de la vida*), escondía la de un Unamuno casi opuesto, buscador del sosiego e incluso de la inconsciencia, por debajo de la hojarasca de la historia. Blanco se detiene sobre todo en dos obras: el primer ensayo de *En torno al casticismo*, donde se expone el concepto básico de intrahistoria derivado de Hegel, y la novela *Paz en la guerra*, donde se ejemplifica su funcionamiento, pero alude a muchas otras, en prosa y verso, que corroboran la división longitudinal entre el Unamuno luchador y el soñador. Este último está muy presente en su poesía (especialmente en su *Cancionero*), a partir de metáforas muy elaboradas que se convierten en símbolos: el mar es tal vez el principal, pero hay otros también poderosos, como la niñez, el hogar, la naturaleza como regazo materno, la lluvia e incluso la nieve; en *San Manuel Bueno, mártir*, obra tardía, el lago viene a representar lo que permanece y dura frente a la agonía pasajera. Una de las cosas que descubre el libro de Blanco, bien construido y documentado, aunque inevitablemente reiterativo, es que a Unamuno, contra lo que se piensa, le fascinaba la música, por lo cual el agonista llegó a cogerle miedo y rechazarla. Así, en *Amor y pedagogía* es claro que la letra es paterna y la música, que representa el espíritu, materna. El de Blanco es uno de los libros fundamentales anteriores al aluvión bibliográfico. Los otros autores, con los que constantemente dialoga, son poco más de media docena: Clavería, Marías, Ferrater Mora, García Bacca, Sánchez Barbudo y François Meyer. Para quien conozca el Blanco Aguinaga en quien la política dejó huella indeleble, hay mucho sentido reverencial y escasa crítica ideológica en el *Unamuno contemplativo*, al menos hasta su cap. VI, es decir,

todavía no está del todo formada la cosmovisión que va a caracterizar a Blanco más adelante.

Por las mismas fechas se ocupó de Emilio Prados (1899-1962), poeta a quien conoció desde sus estudios en el Colegio Vives de México, y durante mucho tiempo su monografía, *Emilio Prados. Vida y Obra. Bibliografía. Antología* (Nueva York, 1960), fue lo único serio que se podía leer sobre un poeta difícil y musical como pocos. La parte biográfica se adaptó en el prólogo a las *Poesías completas* de Prados (México: Aguilar, 1975-1976), y aunque su versión completa se publicó en Málaga en 1999, sigue desatendiendo los últimos libros, que abordará en trabajos posteriores. Blanco ha resaltado en alguna ocasión la alta calidad de la poesía comprometida de Prados, solo muy parcialmente publicada entre 1930 y 1939, pero es a la que su estudio presta menor atención. El crítico sigue las huellas de su maestro Amado Alonso al interpretar una poesía hermética, poniendo mayor énfasis en su significado que en su compromiso político, al revés de lo que hará más tarde con Blas de Otero. También está centrada en Prados como personaje la novela *En voz continua*, de 1997.

La década de los 60 es, entre otras cosas, la del descubrimiento de los escritos juveniles de Unamuno, asunto en que trabajaron a la vez Pérez de la Dehesa y Blanco Aguinaga, quien siguió estudiando ensayos y novelas del mismo autor, pero pronto amplió su interés hacia lo que indica el título de su nuevo libro: *Juventud del 98* (Madrid, 1970). El extenso capítulo sobre «El socialismo de Unamuno (1894-1897)» revela una época apenas conocida del escritor, traductor de Hegel, lector de Marx y Spencer, entre otra multitud de autores, militante socialista y activísimo propagandista hasta que la crisis religiosa se llevó consigo también su fe política. Blanco examina la ortodoxia de su marxismo, y pasa sobre ascuas sobre el motivo (que según él podría ser «atávico») de tal viraje; una causa, el origen pequeño burgués, que explicaría rumbos similares en Azorín, cuyos primeros libros marcan una fuerte tendencia al anarquismo, los primeros artículos y el primer libro de Maeztu, muy próximo al marxismo, y un caso aún más difícil por refractario a toda ideología, el de Pío Baroja, de quien Blanco estudia la trilogía *La lucha por la vida*, deteniéndose sobre todo en su tercera novela, donde, según él, se produce el escamoteo de la realidad bien analizada en las dos anteriores. Aparte de esto, ofrece el volumen sesudos estudios sobre «El problema de España» y el «Paisajismo del 98», más la novedad de incluir en el grupo, aunque con cautelas, la figura de Blasco Ibáñez, cuyo origen, similar al de sus colegas, si no le hizo abjurar de sus viejas ideas republicano-federalistas, le permitió ganar mucho dinero en su última época escribiendo para el gran público. En resumen, de este trabajo de Blanco se desprende un panorama juvenil de los autores del 98 muy distinto del habitual por entonces, aunque bien es cierto que buena parte de los textos en que se centra son literariamente pobres. Es lástima no haber incluido en el conjunto el artículo de 1964 sobre Antonio Machado, único autor del 98 en que no parece haber virajes ni deserciones.

De finales de esa década es también el primer trabajo de Blanco sobre Galdós, autor de inevitable interés para un crítico marxista, tanto por la singular calidad de su obra como por el implacable análisis que realiza de las transformaciones de la sociedad española a fines del siglo XIX. Por desgracia, los siete u ocho trabajos que Blanco le dedica están dispersos en publicaciones periódicas, aunque tres de los mejores, que estudian los aspectos educativos en *El amigo Manso*, *Fortunata y Jacinta* y la serie de *Torquemada*, se reunieron en volumen (*La historia y el texto literario. Tres novelas de Galdós*, Madrid, 1978), precedidos de un denso prefacio teórico. A ellos hay que añadir también la excelente edición, hecha por Blanco y su hija Alda, de *La de Bringas* (Madrid, 1983), cuyo prólogo ilustra bien cómo los mecanismos de la metamorfosis social determinan la estructura literaria.

De mitólogos y novelistas (Madrid, 1975) reúne cinco estudios sobre autores contemporáneos, cuatro hispanoamericanos y un español. De este, Juan Goytisolo, se analiza la *Reivindicación del conde don Julián* (1970) en tono quizá excesivamente crítico porque, según Blanco, el novelista mete en el mismo saco, bajo el rótulo de «carpetos», a quienes podrían ser sus aliados en la imaginada invasión de la península, reproche que supone tomarse demasiado en serio lo que no pasa de ficción. «El laberinto fabricado por Octavio Paz» examina *El laberinto de la soledad*, el importante ensayo en que Paz interpreta el ser del mexicano a lo largo de su historia, primero en confrontación con el imperio hispánico, luego con el norteamericano. También «Sobre la lluvia y la historia en las ficciones de García Márquez» descubre escamoteos de la realidad de Colombia sobre todo en *Cien años de soledad*, donde observa la misma tendencia a creer en la «circularidad» de la historia, confundiendo lo real o verosímil con lo imaginario fantástico. Discute además «La idea de la novela en Carlos Fuentes» y al fin se detiene en *El reino de este mundo*, de Carpentier, única obra de las examinadas que cumpliría con los requisitos de la novela histórica según la ortodoxia marxista.

En sus últimos años reunió Blanco en volumen varios de sus trabajos agrupados por temas: *Sobre el modernismo, desde la periferia* (Granada, 1998), título que apenas tiene que ver con el movimiento así denominado en nuestra literatura, sino que estudia la imposible autonomía de la obra de arte literaria, el cómo y el porqué de las vanguardias en sus distintas fases, y la incidencia en ellas de autores más periféricos que hegemónicos; *Ensayos sobre la literatura del exilio español* (México, 2006), que contiene, además de estudios sobre Prados, Aub y Cernuda, el importante ensayo «Problemas que plantea para la historia literaria el exilio español de 1939», recogido también en *De Restauración a Restauración (Ensayos sobre Literatura, Historia e ideología)* (Sevilla, 2007), que es un muestrario de reflexiones de Blanco sobre los asuntos más insistentemente abordados a lo largo de su carrera, con unas páginas algo sectarias sobre Blas de Otero, y un curioso estudio sobre la recepción de la narrativa hispanoamericana. También aquí hemos de lamentar que hayan quedado fuera otros menos asequibles, como el pionero artícu-

lo sobre el *Pedro Páramo* de Rulfo (1955), o los dedicados a Cervantes, la picaresca, Quevedo, sor Juana, Bécquer y otros temas. Habría sido asimismo útil incluir en el volumen una bibliografía de Blanco Aguinaga, solo presente en el homenaje que se le dedicó en 2002 (*Encuentros en la diáspora*, ed. de M. P. Balibrea, Barcelona: Gexel).

En tiempos de la posmodernidad, cuando ya no están de moda las patentes de ortodoxia ni los anatemas por heterodoxia, uno tiene sus dudas acerca de que tanto trabajo e insistencia en lo que antaño se consideró la línea correcta provoque eco en los *cultural studies* o suscite un interés más allá de la curiosidad erudita. Sin embargo de tales limitaciones, la crítica de Blanco sobre Galdós, Unamuno, Prados —autores hoy poco leídos—, otros escritores españoles o hispanoamericanos, es siempre penetrante, y ninguna de las obras por él abordadas queda como estaba tras pasar por su análisis, algo que, dentro de su generación, solo se puede decir de unos cuantos. Desplazando de la poesía a la crítica la frase de Bowra que el propio Blanco cita en algún lugar, si buena parte de la publicada en los últimos decenios no vale el papel en que está impresa, la de Blanco Aguinaga, en cambio, purgada en lo posible de sus excesos integristas, sigue siendo modelo de buen hacer.

ANTONIO CARREIRA
CENTRO PARA LA EDICIÓN DE LOS CLÁSICOS ESPAÑOLES